

SIN WIFI POR EDETA

Anabel Botella

**TABARCA
ECIR
MARFIL**



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© De esta edición: Tabarca Llibres, 2022
Avda. Ausiàs March, 184. 46026 València
Tel. 963 186 007 - Fax: 963 186 432
www.tabarcallibres.com
e-mail: info@tabarcallibres.com

© Del texto: Anabel Botella

© De las ilustraciones: María Trigueros

Coordinación de la edición y corrección lingüística: Florián Pérez Alarcó
Maquetación: Tabarca Llibres
Impresión: Leitzarán
ISBN: 978-84-8025-539-4
DL: V-1271-2022



*A Juanjo, siempre.
El pasado que nos une es nuestro futuro.*

ÍNDICE

Prólogo	7
Capítulo 1	13
Capítulo 2	25
Capítulo 3	35
Capítulo 4	51
Capítulo 5	63
Capítulo 6	73
Capítulo 7	85
Capítulo 8	95
Capítulo 9	109
Capítulo 10	117
Capítulo 11	127
Epílogo	133
GUÍA DE LECTURA.....	137



Prólogo

Himilce abrió los ojos horas antes de que despuntara el alba y se despreczó en su lecho. Era un día importante para ella y deseaba que todo saliera perfecto. En el pebetero que había en un rincón, aún seguían crepitando algunas ascuas de semillas olorosas traídas de tierras lejanas por mercaderes que llegaban de todos los rincones del mar Ískendar. Un tapiz fenicio con motivos navales, regalo de su futuro esposo, colgaba de una de las paredes de la alcoba.

Enseguida llegó una sierva con una túnica de lino blanca y sandalias de esparto.

—¿Cómo has pasado la noche, mi señora? —preguntó la esclava.

—Un poco agitada, Sergeton. En unas horas partiremos hacia tierras desconocidas. Por una parte estoy deseosa y por otra no sé si los dioses nos darán su bendición para una unión dichosa.

—Yo cuidaré de ti como he hecho hasta ahora.

—No me cabe duda de ello, mi fiel Sergeton. Además, sé que mi esposo también lo hará. —Se levantó del lecho y fue hasta un ventanal que daba a un patio interior.

—Está llamado a ser un gran hombre.

—Lo sé. ¿Sabes qué dicen de él? —Se giró hacia ella con la mirada encendida. Esperó una respuesta por parte de su sierva, pero como no llegó, siguió hablando—. Que siempre va a la batalla entre los primeros de sus jinetes e infantes—. Sergeton, admirada, se cubrió la boca con una mano—. Va a la cabeza en todos los combates y es el último en retirarse a descansar. Lucha con la ferocidad de un león.

La sierva posó una mano sobre el hombro de la princesa.

—Y tú serás la gran esposa que a todo hombre le gustaría tener a su lado. La ofrenda que harás a los dioses les contentará.

Himilce abrió los brazos para que la vistiera con sus mejores galas para hacer la ofrenda a los dioses.

—Solo deseo que esta unión sea beneficiosa para nuestros pueblos. Somos un pueblo pacífico.

Sergeton comenzó a vestirla. Le colocó en primer lugar unas enaguas, luego ciñó la túnica a su cuerpo con un cinturón con monedas de oro, cubrió con un velo largo la cabeza, que adornó con una diadema y una cofia y por último le puso un manto largo. Himilce escogió unos collares y unos pendientes de oro para terminar de arreglarse, y se puso después unos brazaletes que su padre compró a un comerciante griego para que embellecieran sus muñecas. Solo le faltaba calzarse con sus mejores babuchas.

—Deberías comer algo antes de salir —indicó la sierva.

—Solo un poco de leche y unas uvas. No me entra nada más.

—¿Una rebanada de pan con miel y aceite? No te vendrá nada mal. Nos espera un día muy largo.

—No, tal vez cuando volvamos.

Tras un frugal desayuno, salieron de la alcoba.

—Todo estará preparado para el viaje cuando regreséis de la ofrenda —le dijo otra sierva.

Himilce asintió con la cabeza.

Mientras caminaban por el palacio, la luz de las lámparas que había por los pasillos se reflejaba en el suelo de yeso teñido de rojo.

En el vestíbulo, las esperaba Nisunin, la sacerdotisa que haría la ofrenda, y dos siervas más. Nisunin iba vestida con una túnica de un blanco reluciente y sus pies llevaban unas sandalias trenzadas. Al igual que Himilce, se había colocado sus mejores joyas. Le gustaba lucir todas las que poseía. Pensaba que una buena sacerdotisa tenía que cuidar su aspecto y cuanto más magnífico fuera, mejor irían las ofrendas.

Al salir del palacio, Himilce contempló la calle principal porque esa sería la última vez que pasearía por ellas. Aún no había amanecido, aunque faltaba muy poco para que un nuevo día comenzara. Sus pasos, al igual que los de las cuatro mujeres que la acompañaban, resonaron en el empedrado de la calle por la que caminaban. Muy pronto partiría de Cástulo, la ciudad que la vio nacer, hacia el templo de Tanit en Cartago Nova. Cuando se desposara con el gran Aníbal, se sellaría al fin la alianza entre su pueblo y el de su esposo.

Como princesa que era, sabía cuál era su sino desde el mismo momento en el que tuvo conocimiento y supo que estaba destinada a desposarse con un hombre importante. Jamás habría puesto en duda el acuerdo diplomático al que llegó su padre con Asdrúbal, el tío de Aníbal. Aunque a decir verdad, estaba más que encantada, porque una llama de amor brotó cuando sus ojos se cruzaron con los de ese hombre de mirada penetrante. Su pecho se llenó de orgullo al recordar que era un gran general y temido por muchos pueblos.

Pasó la mano por aquellos muros blanqueados y adornados con cenefas ocres que pertenecían a las casas de las familias de los más pudientes de la ciudad. En sus paredes, muchas de ellas estaban adornadas con ánforas y tinajas de bellas facturas. A medida que iba dejando atrás aquellas casas, empezó a oler a leche agria y a mantequilla rancia que salía de muchos hogares. Desde luego, nada que ver con los aromas que perfumaban el palacio de su padre.

Oyó cacarear a varios gallos, sonidos que se confundieron con el rebuzno de un asno. En los patios de algunas casas, los molinos de piedra funcionaban desde hacía varias horas para moler el trigo. Escuchó también el rumor de los comerciantes montando sus tenderetes en la plazuela porque era día de mercado. Los olores de las especias se mezclaban con los propios de la ciudad. Se acercó hasta uno de los tenderetes y eligió varias frutas, un ánfora de vino, varios vasos griegos, caprichos que solo se podían permitir las familias más acaudaladas, y unas cuantas gallinas como ofrenda a los dioses. Sacó varios denarios y se los tendió al comerciante. Este miró las monedas de cobre que le había ofrecido Himilce porque brillaban mucho, señal de que eran nuevas.

Al salir de la ciudad, traspasó dos gruesas puertas de madera, que permanecían abiertas de día y se cerraban al caer la noche. Miró hacia su izquierda porque advirtió un olor fuerte, que procedía de un albergue que estaba pegado a la muralla. Era de construcción circular y a través de las aberturas del techo observó unas tarimas alrededor de un foso lleno de paja en el que la orina y las heces fermentaban y producían calor en las noches frías.

Mientras dejaban atrás la ciudad para encaminarse a las cuevas donde harían la ofrenda, caminaron por una vereda ancha viendo el transitar de la gente que se acercaba a la ciudad. Al mismo tiempo, observaban cómo el sol iba saliendo por el horizonte. Himilce observó los campos de olivos que se agrupaban en torno de una almazara. Desde esta, se extraía el aceite, gracias a una prensa que llevaba funcionando varias generaciones. Una vez se obtenía el aceite, se transportaba a la ciudad en grandes ánforas para su uso en la cocina o para la fabricación de ungüentos y jabones.

Más allá, se alternaban los campos de trigo y cebada, así como los de garbanzos, lentejas, habas y guisantes.

Una vez que llegaron a la entrada de la cueva, observaron que había algunas ofrendas que la sacerdotisa había ido dejando en los días anteriores. Había dos pebeteros, uno con la figura de Deméter y otro con la de Tanit, diosas con poderes muy similares. También había exvotos para conseguir favores de las divinidades, sobre todo de la diosa Mediadora.

—¡Cuántos pueblos han desaparecido por no seguir los dictados de las divinidades! —afirmó la sacerdotisa—. Qué horrible resulta el destino para aquellos que se alejan de las voluntades de los dioses.

La sacerdotisa colocó las frutas en una cesta, esparció vino por algunas piedras y, por último, sacrificó las gallinas al tiempo que nombraba con voz firme el nombre de todos los dioses y las diosas. Recitó con las palmas hacia arriba algunas oraciones que solo podían decir las sacerdotisas. Para concluir, asió con una mano una pieza de pederual, con la otra una yesca para prender fuego, y quemó las gallinas.

Tras haber hecho la ofrenda, la sacerdotisa se acercó a Himilce.

—Mi señora, los dioses están contentos y auguran que tendrás un buen matrimonio. Tu esposo será llamado a realizar grandes hazañas.

—Los dioses han sido benévolos con nosotros —repuso Himilce algo más tranquila.

—Es hora de despedirse. El rey te echará en falta —dijo Sergeton—. Has sido una buena hija.

—Como padre echará en falta a su hija, pero como rey sabe que es lo mejor para nuestro pueblo. Es hora de servir a mi esposo.

Al regresar a la ciudad, el sol estaba en lo alto del cielo. A las puertas de la muralla, una comitiva las esperaba para emprender el viaje. Himilce tuvo que aguantar unas lágrimas que luchaban por rodar por sus mejillas, pero alzó la cabeza con orgullo y miró al que sería su esposo.

—Ya estoy preparada. Si no queremos enojar a los dioses, es mejor salir antes de que la luna salga.

—No seré yo quien enfade a los dioses, mi señora. —Aníbal le ofreció unos dátiles para el camino—. Son tan dulces como tu mirada.

Sergeton reprimió un suspiro.

—Eres un hombre muy afortunado —repuso Mucro, el padre de Himilce—. Te llevas la joya más valiosa de mi palacio.

Y tras una breve despedida, Himilce partió de Cástulo, sin mirar hacia atrás, para convertirse en una mujer casada.



Capítulo 1

Todos mis compañeros escucharon mi trabajo con atención. En alguna ocasión, oí alguna risita sofocada que acalló con un chistido Julia, nuestra profesora de historia.

Levanté despacio la cabeza y miré a mi clase. Estaba orgullosa de lo que había escrito.

—Y esta es mi redacción de por qué me gustaría viajar a este momento de la Historia. Me encanta saber de dónde venimos y cómo era la cultura íbera. —Mostré una sonrisa de satisfacción—. Además, todas las mujeres de mi familia tenemos nombres de mujeres íberas. Yo llevo el nombre de esta princesa oretana que se casó con Aníbal Barca sobre el 220 antes de Cristo.

—¿Entonces Klira también es un nombre íbero? —preguntó la profesora.

—Sí, a mis abuelos les gustó ese nombre para mi madre.

Ya me iba a sentar, pero uno de mis compañeros levantó la mano.

—¿Es verdad que esa mujer existió, la Himilce esa? —preguntó uno de mis compañeros.

Exposición de Historia



—Sí. Tanto Himilce como Aníbal son personajes reales —seguí explicando—. Aníbal Barca puso en jaque al Imperio romano. Quizá su error fue no entrar en Roma. Era un gran estratega. Es posible que si hubiese tomado Roma habría ganado la guerra contra el Imperio romano. La Historia ahora mismo sería diferente e igual tú y yo no estaríamos aquí.

—Muy buen trabajo —comentó mi profesora—. Por un momento he creído que paseábamos por las calles de esa ciudad íbera que ahora mismo se llama Linares.

—¿Y la gente vivía así antes? —preguntó Sergio.

—¿Así, cómo? —quise saber.

—Pues oliendo todo el día a pis y a... bueno, ya sabes, a porquería. —Miró a Julia.

—A mierda, dilo claramente —lo cortó mi compañero de pupitre, Andreu, mi grano en el culo.

Se oyeron de nuevo unas risitas. No fallaba, siempre que soltaba algo escatológico, muchos compañeros le reían la gracia como si tuvieran cinco años y fueran a tercero de infantil.

—Supongo que cuando pervives con ciertos olores toda tu vida acabas por acostumbrarte a estos aromas, por muy desagradables que nos parezcan. Los íberos no conocían los sistemas de alcantarillados —explicó la profesora. Después se giró hacia mí—. Podrías dedicarte perfectamente a la literatura. Escribes muy bien.

—Ya, eso es lo que dice mi madre, pero me interesa mucho más la arqueología y la antropología. De los íberos se sabe muy poco y como dice mi abuela: «Somos el resultado de muchas culturas».

—En cualquier caso, te deseo suerte en cualquier trabajo que emprendas —comentó Julia.

—¿Qué tiene de especial ser arqueóloga? —quiso saber Andreu—. Solo es mirar piedras viejas y momias.

A veces tenía la impresión de que mi compañero de pupitre hacía puntos para ser el payaso mayor de la clase, pero es que a mí no me hacía ninguna gracia.

—No todo se reduce a mirar piedras. Aún nos queda mucho por descubrir aquí en España.

Advertí que bajaba la cabeza y después oí cómo chasqueaba la lengua. Crucé mi mirada con la de mi amiga María, porque sabía que iba a soltar alguna de sus perlas y porque a Andreu le gustaba ser el centro de atención.

—¿Qué hay de interesante aquí en España? —insistió en preguntarme.

—Muchas cosas. ¿Quieres que te haga una lista de todo lo que hay? También puedes estudiar un poco y descubrirás todos los tesoros que esconde nuestro país.

—Yo fui una vez a ver un monumento que era genial y que tiene que ser de esa época —se apresuró a responder María al advertir cómo Andreu apretaba los dientes y sus mejillas se encendían—. Es el acueducto de Segovia.

Agradecí que María me echara un capote. Siempre había tenido claro que, si para tener muchos amigos me tenía que dejar pisotear por alguien, prefería no tener tantos y quedarme solo con uno. Me mordí el labio inferior y enseguida respondí:

—En realidad el acueducto es romano, no es íbero. Aquí en la provincia Valencia, sin ir más lejos, también tenemos el acueducto de Peña Cortada, entre Calles y Chelva, que es impresionante.

—¿Impresionante? Lo que es *to* guapo es el Fortnite. Eso sí que mola. —Andreu sonrió satisfecho cuando oyó que algunos de nuestros compañeros se reían de nuevo—. He aprendido más jugando a la Play que aquí en clase. ¿De verdad te gustan esas chorradas de ser arqueóloga como el Indiana Jones ese de las películas? ¿Y te irás a Egipto a ver tumbas de momias y pirámides? —Hizo un gesto con

las manos como si estuviera bailando como un egipcio.

—Por si no te ha quedado claro, no hace falta que me vaya fuera de España para ser arqueóloga. Como ya te he comentado, aquí tenemos muchos restos de varias culturas que existieron en la Península. Yo quiero trabajar aquí. En nuestra comunidad tenemos varios asentamientos de ciudades íberas y quiero especializarme en esta cultura. Y por cierto, una de las ciudades más importantes de esa época se encuentra a menos de cuarenta kilómetros de aquí de Valencia.

Julia me hizo un gesto para que me sentara en mi pupitre.

—Solo a una friki como a ti le podían interesar las piedras viejas —masculló Andreu tan bajo que solo lo escuché yo cuando me senté.

—¿Por qué no te compras una vida y me dejas en paz? —Me encaré hacia él—. ¿Esto es porque no te río las tonterías y no voy detrás de tí?

—Eres la única a la que no le hacen gracia mis chistes —me dijo algo molesto.

—Será porque no eres gracioso.

Nuestra tutora, a principios de curso pensó que era mejor endosármelo a mí que dejar que eligiésemos con quién nos queríamos sentar. Llevaba aguantando sus tonterías desde hacía dos meses y medio.

—O puede que tú seas una sosa y no sepas apreciar mi arte.

—Si quieres que me ría con tus gracias, tendrás que esforzarte más.

—¿No te cansas de ser tan lista?

Reprimí un bufido. No dejaba de pensar en lo mucho que me costaba hacer amigos nuevos cada vez que a mi madre la trasladaban de destino. En realidad, siempre había sido así. Había estado en siete colegios en cuatro años porque mi madre era profesora de

Historia y no tenía plaza fija. Ese año al fin había conseguido una en Valencia. Cuando empecé tercero de la ESO, me prometí que pasaría lo más desapercibida posible, pero, cuando salía un tema que me apasionaba, no podía evitar mostrar interés por la arqueología, mi gran pasión. No habían pasado ni tres meses desde que comenzaron las clases y ya me habían calado. No era culpa mía que la profesora nos mandara hacer una redacción sobre a qué época nos gustaría viajar. Mis padres habían trabajado uno como arqueólogo y la otra como antropóloga en yacimientos por todo el mundo, pero desde que se habían separado, mi madre se dedicó a la docencia. Estaba harta de viajar por el mundo y quería darme un hogar estable. A mí no me gustó mucho dejar de viajar por el mundo. Me gustaba conocer sitios nuevos y estar al tanto de los estudios de mis padres.

En más de una ocasión, desde que había llegado a mi nuevo instituto, algunos de mis compañeros me habían comentado que yo no necesitaba estudiar porque era muy lista, cosa que me molestaba que me dijeran. Nunca lo había hablado con mis compañeros de clase, porque me daba algo de vergüenza que se supiera, pero me habían diagnosticado altas capacidades cuando cumplí seis años. No quería que me señalaran con el dedo como en otros institutos, porque me molaban ciertas cosas que a mis compañeros no les importaba nada. Le hice prometer a mi madre que no diría nada a mis profesores. Con casi todos con los que me había topado no tenían ni idea de qué hacer con una adolescente que sabía mucha más materia que ellos mismos. Yo buscaba información en los libros que tenían mis padres, en internet, en revistas de divulgación y con eso me bastaba. También les preguntaba a mis padres cuando tenía dudas. Muchas personas se quedaban con que las altas capacidades tenían un cociente intelectual alto, pero había mucho más. Tenía una sensibilidad mayor que la del resto de mis compañeros y mis emociones eran un revoltijo difícil de controlar. A veces podía reír a carcajadas y

enseguida me podía poner a llorar. Y lo más importante, no lo sabía todo, aunque mostraba mucha curiosidad por ciertos temas.

—No, de lo que me canso es de escuchar tus tonterías. ¿Has escuchado la última canción de Amaia y Rojuu: «*Quiero pero no*»?

—No. ¿Qué dice?

—Que «no me interesa tu opinión». Eso es lo que dice.

Andreu elevó los ojos al techo.

—De verdad, relájate. Aún no te has acostumbrado a mis bromas. No deberías tomarte todo tan a pecho. Si te rieras comprobarías que no todo es tan gris en esta vida. Cálmate. Ya lo decía Baloo en *El libro de la selva*: «Busca lo más vital, no más lo que es necesidad y olvídate de la preocupación... Soy oso dichoso, soy oso feliz». —Esto último lo cantó—. Solo quería que te rieras, pero no te ríes. ¿Sabes que hay un dicho que dice algo así como: «Un día sin risa es un día perdido»?

Y a pesar de que le había dejado claro de que no quería seguir hablando con él, siguió diciendo tonterías, como si le pagasen por soltarlas. Y por si eso no fuera poco, se puso a imitar a Baloo.

Yo me tapé la cara con una mano.

—No me dejas escuchar a Julia.

—¿Cómo se te ha ocurrido esa cursilada de «Son tan dulces como tu mirada»? —Hizo el gesto de meterse los dedos en la boca como si fuera a vomitar.

—Se llama metáfora.

—Sé lo que es, pero no deja de ser cursi.

—Y según tú ¿qué tendría que haber puesto? Ilumíname. Igual nos estamos perdiendo a un gran poeta. ¿Te imaginas que eres el nuevo Gustavo Adolfo Bécquer?

—No sé, algo como: «Estás tan buena como estos dátiles».

—¿De verdad solo te ocurre eso? Eso lo puede decir cualquier persona, de lo que se trata es de ser único, de que a la persona que le

dediques algo sienta que es especial, no una más del montón. ¿Esas tonterías te sirven para ligar...?

Julia, la profesora, dio una palmada en el aire para llamar nuestra atención.

—Cuando Andreu e Himilce dejen de hablar os podré contar la idea que se me acaba de ocurrir. Vamos a hacer una excursión. Lo vamos a pasar genial.

—Profe, ¿nos vas a llevar a Terra Mítica o Port Aventura? Le estaba diciendo a Himilce que le hace falta reírse un poco más. Y tú tienes la solución a sus problemas —dijo Andreu—. Una excursión. Eso sí sería una pasada.

—¡Quién sabe! Y deja de molestar a tu compañera. —Se quedó pensando dos segundos—. En realidad, es mucho mejor. Estaba pensando que podríamos ir a uno de los muchos asentamientos íberos que hay cerca de Valencia. Así nos podríamos hacer una idea de cómo vivían.

—No puedes estar hablando en serio, profe. Sabes que mi idea es fantástica: ir a Port Aventura. Ella se ríe y nosotros nos lo pasamos genial. Es el plan perfecto —siguió hablando Andreu—. Podríamos hacer una votación para ver quién quiere ir a...

—Una excursión no es incompatible con la otra —repliqué enseguida—. Podríamos hacer las dos, ¿no?

—Por fin dices algo con sentido —murmuró Andreu y me dio un codazo por lo bajo—. Si al final va a resultar que eres humana y todo.

—Yo siempre digo cosas que molan —susurré y le mostré una cara de disgusto.

—Eso tendríamos que valorarlo —comentó Julia casi al mismo tiempo que yo estaba hablando.

—¿Qué quieres que hagamos para que nos lleves a Port Aventura? —preguntó Andreu—. Te prometo que si nos llevas no volveré a abrir la boca de aquí hasta final de curso.

Julia soltó una carcajada.

—Eso habría que verlo.

—Que sí, profe, que soy un hombre de palabra.

Julia agitó la cabeza.

—Se me ocurre que podríais hacer un proyecto por equipos antes de visitar uno de estos asentamientos y después hacer unas comparativas. Eso os subiría la nota del examen final.

—¿Si hacemos ese trabajo, nos llevarás a Port Aventura? —preguntó Sergio.

Tras unos segundos, Julia esbozó una sonrisa y asintió.

—Sí, pero quiero que os esforcéis.

—¿Dónde buscamos la información? —preguntó Andreu.

Julia elevó los ojos al techo al mismo tiempo que lo hice yo.

—¿Todos tenéis móviles o acceso a internet? —Mis compañeros asintieron—. Vuestros móviles no solo sirven para ver vídeos de Tik Tok o seguir a gente famosa. En internet podéis encontrar toda clase de información y también podéis ir a las bibliotecas, aunque en este caso yo os recomiendo una visita al Museo de Prehistoria de Valencia. Eso sí, nada de trabajos copiados de Wikipedia ni bajados del Rincón del vago, que nos conocemos. No quiero que cambiéis palabras de trabajos ya hechos, quiero fomentar vuestra curiosidad, que investiguéis. Notaré quién copia y quién no. De vosotros dependerá si vais a Port Aventura o no. Si copiáis, no habrá viaje. Me gustaría que hicierais grupos de cuatro.

Se escuchó un rumor en la clase. Miré a María y ella me hizo una señal para hacerlo juntas. Mi amiga sacó el pulgar hacia arriba y después se encogió de hombros al mostrar otros dedos, el índice y el corazón, porque nos faltaban dos personas más para completar el equipo.

—Para que estén equilibrados, mejor os digo cómo van a ir —siguió hablando Julia.

Murmuré por lo bajo para no tener como compañero a Andreu. Bastante tenía con tenerlo todo el día a mi lado. No lo quería en mi grupo porque me temía que se iba a escaquear.

—El último grupo lo formarán María, Sergio, Andreu e Himilce.

Tanto María como yo soltamos un bufido.

—¡Eso sí que es suerte! —exclamó Andreu.

—No creas que María y yo vamos a hacer todo el trabajo —re-puse mirándolo a los ojos—. Tú también vas a pringar.

—Pero si te estoy haciendo un favor... —dijo Andreu.

—Eh, no te creas que a mí me gusta hacer el trabajo contigo —espeté—. Ya tengo suficiente con aguantarte en clase.

Andreu torció el gesto.

—Está bien. Quedamos esta tarde en mi casa. Nos repartimos el trabajo. Sergio y yo jugamos a la Play y vosotras buscáis información en internet.

—De eso nada. Ni lo sueñes. Quedamos mañana por la mañana y nos vamos los cuatro a ver el museo para pillar ideas. Los fines de semana la entrada es gratis.

Podía haber hecho el trabajo yo sola y así no tenía que aguantarlo, pero quería que trabajara como lo hacíamos María y yo.

—¿No lo dirás en serio? —Andreu abrió los ojos como platos al tiempo que yo asentía con la cabeza—. Los fines de semana son para descansar.

—Si quieres que nos lleven a Port Aventura, vamos a hacer un trabajo que va a flipar.

—Tú sí que sabes divertirte, ¿no? —torció los labios en un gesto divertido—. Solo es una broma. Sí, ya sé que no nos vamos a poder escaquear. Pero tenías que haber visto la cara que se te ha quedado. Te estaba vacilando.

Me encogí de hombros.

—A cada uno le divierten unas cosas diferentes —dije—. ¿Por qué me tiene que divertir lo mismo que a ti?

—Espero que valga la pena hacer este trabajo. —Después Andreu soltó una carcajada.

Me giré para sonreír.

—Ya me dirás cuando lo acabemos —comenté.